

Camilo regresa

registros oníricos

[A manera de prólogo – Libro: Camilo, mensajes visionarios – febrero 15 de 2011]

Cuando me comunicaron de la portería que alguien me buscaba pero se negaba a dar su nombre, dudé en atenderlo. Sin embargo, un extraño sentimiento me impulsó a hacer caso omiso de mis precarias medidas de seguridad y a bajar apresurado, y no sin cierta curiosidad, para ver de quién se trataba. Su rostro amable y expresivo ahuyentó en un segundo cualquier temor. Decidí respetar su anonimato. Su informalidad, su vestimenta, sus modales y su lenguaje me hacían presumir en él la presencia de un campesino con algunos rasgos indígenas; quizás de un obrero o de un estudiante de precarias condiciones y ciertamente de un activista social o político de contagiosa honestidad. Fue muy parco en transmitir su mensaje, envuelto en frases, gestos y miradas que consolidaban la confianza. Se me pedía ir esa noche al aeropuerto a recibir a alguien a quien reconocería por su sola presencia y acompañarlo en diligencias que él mismo me explicaría. El mensajero se despidió con rapidez, como obedeciendo a una disciplina asumida con plena convicción.

Aquella noche el aeropuerto estaba, extrañamente, solitario. Quizás por ello el ruido de los aviones que aterrizaban se escuchaba con más fuerza. La soledad, la artificialidad de la iluminación que aquella noche me pareció más tenue y misteriosa, y la observación de naves gigantescas que descendían de un firmamento lejano y cuajado de misterio, me envolvió por momentos en sensaciones que parecían colocarme por fuera del tiempo y del espacio, rompiendo las barreras que separan el antes y el después; el aquí y el allá y el “más allá”. Embrujado por tales sensaciones, de repente vi aparecer, en la puerta externa del área de inmigraciones, una figura demasiado conocida pero que radicalizó el hechizo de mis presentimientos. Las coordenadas de tiempo y espacio parecían confundírseme radicalmente y no tuve más remedio que avanzar, casi sonámbulo, a saludarlo: ¿Camilo? *“Sí, soy yo; gracias por recibirme”*. Nos abrazamos.

Mi desconcierto era total, pero en pocos segundos fui aceptando desconfigurar mis esquemas de tiempo y espacio para poder vivir sin traumatismos lo que se me estaba ofreciendo. Camilo estaba silencioso pero ni su figura ni su aura coincidían con mis imaginarios de ultratumba. Yo no sabía a dónde conducirlo y esperaba que

él me lo dijera. Sin embargo, antes de tomar un taxi, me atreví a preguntarle: ¿a dónde quieres ir? ¿qué quieres hacer? A mí simplemente me han pedido acompañarte.

Con la misma expresión amable del mensajero de la mañana, él me dijo: *“quiero visitar mi país. Lo llevo en mi propio ser y me sigue doliendo. Quiero volver a dialogar, por algunos momentos, con quienes también lo llevan en su ser, aunque sea con sentimientos e intereses contrarios. Sólo te pido que me lleves a unos cuantos sitios donde se juega su suerte”*.

Recordé en ese momento un pasaje del Libro de los Muertos del antiguo Egipto, donde el difunto, navegando en los espacios misteriosos de ultratumba, se resiste a que su cuerpo sea separado radicalmente de su alma (la energía psíquica que lo ha animado) y de su espíritu (su memoria santificada por la muerte), imprecando con estas palabras a los espíritus o fuerzas que sirven a la divinidad: *“concédanme que mi alma pueda penetrar donde quiera (...) Así como los espíritus del séquito de Osiris, siempre en movimiento, nunca se acuestan en la tumba, tampoco yo debo ser obligado a recostarme en la tumba (...) Permitan que mi alma pase del presente al pasado, del poniente al oriente, en un viaje de reversa, sin ser molestado”*. En los versos que siguen a éstos, el difunto se enfrenta con un espíritu maléfico de ultratumba que acostumbra cortar las cabezas y desgarrar las frentes de los muertos, con el fin de exterminar su memoria e impedir que el difunto vuelva a pronunciar las palabras más preciosas que guarda en su corazón. El difunto debe increparlo con este sortilegio: *“Quieres cercenar mi cabeza y desgarrar mi frente? ¿Quieres extinguir mi memoria? ¿Quieres poner una mordaza a mi boca para impedir que salgan las palabras llenas de energía que llevo en mi interior? Detente, fuerza maléfica. Te lo ordeno por la fuerza prodigiosa de la palabra que la diosa Isis pronunció mientras tú avanzabas bajo las órdenes de Seth, su enemigo, quien quería extinguir la palabra llena de energía que salía de la boca de Osiris, el Señor del más allá (...) Así como Osiris te desterró para que tu abominación no penetrara en él, así también yo te expulso lejos de mí, pues tú eres enemigo de Shou, el dios de la luz”*.¹

Las coincidencias eran sobrecogedoras. Camilo se resistía a permanecer recostado en su tumba. Se resistía al cercenamiento de su cabeza, sede de su inteligencia y de su luz, y al amordazamiento de su palabra, por espíritus maléficos enemigos del Dios de la luz y de la transparencia. Ese texto me reconfortó en mi perplejidad y desconcierto. Pensé: qué alegría que la palabra de Camilo sea desamordazada; que la luz de su mente vuelva a brillar; que su energía física y psíquica vuelva a recorrer nuestros senderos ocupados por el terror, la ignominia y la cobardía. Salí,

¹ Livre des Morts des Anciens Egyptiens, Editions Stock, Paris, 1978, pg. 174 - 175

entonces, de mi perplejidad, y acepté vivir la aventura en la que ya estaba envuelto.

De repente me acordé que Fernando, un amigo muy bien posicionado en el Establecimiento, me había comentado unos días antes que esta noche tendría lugar una reunión extraordinaria de los gremios más poderosos del país. Estaba convocada en el hotel más exclusivo de Bogotá y allí iban a discutir problemas cruciales de la coyuntura económica y política. Se me ocurrió tomar el celular y llamar a Fernando. ¿Podrías facilitarme el ingreso a la reunión de los gremios? Iré con un personaje a quien seguramente les interesará escuchar. *“Hagamos el intento”*, me dijo Fernando. *“Yo te presento a mi primo, presidente de la Asociación Bancaria, y ya tú te encargarás de motivarlo”*. Bien. Encontrémonos en unos minutos en la entrada del club. *“De acuerdo”*.

El taxi nos puso en pocos minutos en el lobby del *Capital Center*. Fernando nos ayudó a pasar muchos anillos de seguridad con sus tarjetas plásticas llenas de códigos magnéticos, hasta llegar al pent-house donde se encontraba el salón exclusivo en el que los presidentes de los gremios consumían whisky al por mayor mientras discutían. Fernando no cesaba de mirar de reojo a Camilo con cierta perplejidad, como tratando de identificarlo pero con dudas insalvables. Cuando me presentó a su primo, éste, al parecer, lo reconoció de inmediato, e hizo gestos como quien despierta de un sueño profundo y quiere conectarse de nuevo con la realidad. Finalmente, con un gesto de resignación, saludó amablemente a Camilo y lo invitó a ingresar en el salón. Todas las miradas se clavaron en Camilo y un silencio profundo invadió el salón. Ese silencio se prolongó por unos minutos, mientras los potentados aceptaban sumergirse en aquel escenario donde el pasado y el presente difuminaban sus fronteras y donde la ficción y la realidad intercambiaban sus máscaras.

“Padre Camilo” -dijo con solemnidad el presidente del Consejo Gremial- *“no sabe cuánto nos alegra tenerlo aquí esta noche con nosotros. Vivimos momentos cruciales para el futuro del país y, como usted bien lo sabe, en este Consejo se toman decisiones de importancia definitiva. El Señor Presidente acaba de salir. Por poco usted se lo encuentra en el ascensor. Él siempre ha tenido en cuenta nuestros puntos de vista, pues nosotros manejamos los sectores claves del desarrollo del país. Nadie puede desconocer nuestras opiniones y opciones sin causar grandes traumatismos. Gracias a nosotros, la economía del país nunca ha colapsado y nuestros indicadores se han mantenido siempre en niveles sanos. Tampoco hemos olvidado a los sectores menos favorecidos; hemos abierto portafolios de créditos que han sido accesibles a amplias capas de pobres. Claro que los niveles de pobreza y de miseria siguen siendo altos, pero ello se debe a crisis mundiales y estructurales que no*

podemos aún superar. El mundo entero sufre hoy el fenómeno del hambre y de la pobreza en capas escandalosas. Nosotros no hemos permitido que Colombia llegue a niveles como los del África. Espero que usted, Padre Camilo, juzgue con la madurez que le dan sus años y sus sufrimientos heroicos, que todos le reconocemos, los esfuerzos que estamos haciendo para mantener una economía sana y un país sin dictaduras pero con seguridad e incentivos de inversión. Ya pasaron las épocas de los sueños ilusos. Casi todos nosotros, en nuestra juventud, fuimos revolucionarios. Luego, los golpes de la vida nos hicieron madurar. Usted lo sabe bien, el socialismo fue una quimera y sólo trajo pobreza y más injusticia a los países que lo adoptaron. Las utopías revolucionarias sólo nos traen caos y crisis económicas. Estoy seguro, Padre Camilo, que el 'más allá' le habrá permitido evaluar su muerte heroica y madurar su visión de las cosas para ayudarnos hoy, con su sabiduría y su ejemplo, a construir un país en paz y en armonía de clases, que siga progresando como lo ha hecho en las últimas décadas. Hoy día la inversión extranjera en nuestro país es ejemplar. Eso trae desarrollo. La industria va avanzando. La articulación de capitales transnacionales con capitales nacionales es una fuerza impulsora de progreso. La apertura económica ha creado incentivos para los inversionistas, que no se ven en otras partes. Todas esas regalías nos han ayudado a reforzar la seguridad, para que, tanto los extranjeros como los nacionales, puedan invertir sin miedo. El control de los reducidos grupos terroristas, que ya no tienen los ideales que usted, Padre Camilo, les infundió, sino que son puros delincuentes y narcotraficantes, es un control absoluto. Este es un país que sale adelante, Padre Camilo. Ayúdenos a consolidarlo en la paz y en el progreso”.

Varios dirigentes de gremios fueron reforzando uno u otro aspecto del discurso, mientras Camilo escuchaba en silencio, y con una concentración más que notoria, todas las intervenciones. No aceptó ningún licor ni pasa-bocas. Aunque eso les molestó a algunos, rápidamente se tranquilizaron pensando que el régimen de la eternidad debe ser diferente y de seguro más austero.

Camilo, finalmente, intervino, mientras las miradas se concentraban en él con curiosidad pero también con temor y desconfianza. La serenidad y firmeza de sus palabras parecía ciertamente situarlo por encima de todo riesgo. Con gran serenidad comparó los estándares de miseria y de violencia de su época con los que hay ahora y les hizo ver que el deterioro había sido progresivo. Les agradeció que lo escucharan pero les pidió que no tomaran sus palabras como ataques personales sino que pensarán, al menos por unos minutos, en el bien de todo el país, imaginándose cada uno estar en el lugar de los más excluidos. “No puedo entender” –les dijo- “cómo el Presidente negocia y concierta con ustedes sus decisiones e incluso siempre escoge los ministros y altos funcionarios de entre su grupo social, cuando ustedes conforman una capa muy pequeña de este país. ¿No creen que la situación sería diferente si los gobernantes consultaran todos los días con obreros, campesinos, indígenas y

pobladores de las barriadas pobres y miserables y de entre ellos escogieran sus funcionarios? ¿No creen que el lucro y la renta no deberían ser los motores de la economía, al menos de esos sectores de la economía que deben satisfacer las necesidades más apremiantes del ser humano? ¿Les parece ético que grandes empresas sanitarias, de clínicas, hospitales y laboratorios de medicamentos, extraigan su poderío económico explotando el dolor humano? ¿No creen que todas las empresas, programas y proyectos relacionados con las necesidades básicas, como la alimentación, la vivienda, la salud y la educación, no deberían someterse a la lógica rígida de la rentabilidad sino a una planificación propulsada por el afán de máxima cobertura regida por el Estado? Hoy se mira el mapa de Colombia inundado de empresas transnacionales que saquean los recursos del país con el afán de explotarlos en mínimas fracciones de tiempo pero produciendo los máximos estándares de ganancia, de la cual en nada participa ni se beneficia el pueblo colombiano, y para ello destruyen el medio ambiente, expulsan a las poblaciones nativas y paramilitarizan los territorios como garantía de seguridad de los inversionistas. A eso se le llama ‘desarrollo’ y ‘progreso’, bajo el influjo de los teóricos del mundo rico, que han convencido a sus satélites en todo el mundo de que eso traerá bienestar, cuando no cesan de producir catástrofes y miseria. Si el Estado escuchara a sus rebeldes, superaría los efectos de ese narcótico que le impide entender que a quien reclama derechos hay que escucharlo y no calificarlo de terrorista para justificar su muerte. ¿Cómo es posible que el país ande buscando cómo firmar ‘tratados de libre comercio’ con países enormemente desiguales que sólo le ofrecen desventajas camufladas de beneficios, para saquear aún más sus recursos y para obligarlo a hacerse cargo de sus basuras? Miro con dolor que los más elementales puntos del programa del Frente Unido solucionarían las angustias más apremiantes de mi pueblo, pero con mayor dolor compruebo que en estos 40 años el Estado ha asesinado a centenas de miles de colombianos que han tomado esas banderas en alguna medida. Veo hoy un pueblo donde ni siquiera el pobre se puede comunicar con el pobre ni escuchar su verdad, puesto que los medios masivos de información y comunicación construyen y difunden verdades falsas, parciales o sesgadas y las venden como “realidad nacional”. Los medios alternativos que como “El Frente Unido” que yo fundé, tratan de gritar la otra verdad, la verdad de los de abajo que son la inmensa mayoría, son átomos que por su excesiva pequeñez no pueden incidir en el mundo virtual y mediático que impone su falsa lectura con sofisticados mecanismos de cooptación. Piensen que este país, con sus inmensos recursos y su gente podría vivir de manera diferente y menos inhumana, si todos aceptaran, como base, amar a sus hermanos”.

A medida que Camilo hablaba, las miradas fijas de los potentados se iban desconcentrando y se extraviaban en el techo y en las pinturas sicodélicas de las paredes. Era notorio que el discurso había tomado para ellos un rumbo “idealista” y “romántico”, trayendo a colación fábulas que hacía tiempos no escuchaban. Muy pocos de ellos interpelaron a Camilo, pues se sentían en “*cancha ajena*”. Las discusiones entre ellos siempre tenían un marco y unos presupuestos que aquí

estaban completamente ausentes; aún más, parecían deslegitimados. El marco era la técnica económica amoldada a las necesidades coyunturales de los capitales transnacionales. Entre sus presupuestos estaba el dominio del Estado por los grandes conglomerados financieros, dominio que se proyectaba disimuladamente en los partidos políticos tradicionales y poderosos, dueños del Estado, quedando como maquillaje ético de tales poderes su lucha contra el “narcoterrorismo”, de donde extraían su legitimidad más afectada y donde buscaban siempre “motivos” o pretextos para exterminar los movimientos en su contra. Un discurso de base ética, como el de Camilo, que los invitaba a enfrentar la tragedia social desde principios éticos elementales, los descentraba, los desconcertaba y les quitaba su piso lógico y estructural; se sentían en territorios extraños donde no sabían moverse. Sólo quedaba el recurso de ser corteses y de remitir a eventos futuros, sin coordenadas de tiempo ni espacio, la discusión de planteamientos “tan interesantes y profundos”.

El silencio, cada vez más predominante, exigía poner término al improvisado y extraño encuentro. Era ya el amanecer y las comunicaciones por celulares entre los magnates y sus conductores fueron dando por terminado el diálogo. Las despedidas estuvieron marcadas por cortesías formales. Cuando tomamos el taxi sobre la avenida, los resplandores del amanecer ya aparecían sobre los cerros orientales. Yo llevé a Camilo a mi claustro; lo encerré en uno de los cuartos de huéspedes y le supliqué que no saliera de allí mientras yo iba a descansar un par de horas, pues a diferencia de él, que no revelaba ningún nivel de fatiga, yo necesitaba algunos momentos de sueño.

Cuando me desperté, caí en cuenta de que era domingo. Tendría que cumplir un compromiso de celebrar la Eucaristía en un rincón marginado del barrio Jerusalén. Pensé que llevar allí a Camilo sería emocionante. Con mi maletín de altar portátil lo recogí en su cuarto y salimos furtivamente del claustro. Había tomado la precaución de echar en mi maletín un alba larga, acomodada a la estatura de Camilo, pues pensaba pedirle que presidiera él la Eucaristía.

Antes de tomar el bus que nos llevaría a Jerusalén, pasamos por la catedral para una visita de recuerdo. Noté que Camilo estaba profundamente emocionado y sus ojos se encharcaron. Observaba todo detalle, pues entraba un pequeño grupo de gente para una Eucaristía que luego se inició. Ya cerca de la puerta, al salir, Camilo me dijo: *“me duele mi Iglesia en el fondo del alma. Ya no vienen a ella multitudes, como antes, y las que vienen están más adormecidas que antaño. La Iglesia perdió la oportunidad de utilizar su fuerza moral y social para impulsar y orientar una transformación profunda de la sociedad hacia un modelo más justo y humano, siguiendo el mensaje de Jesús.*

Desvirtuó el mensaje del Concilio Vaticano II y de la Conferencia de Medellín y volvió a atrincherarse en la búsqueda de una salvación ultraterrena y en una prédica de sumisión a los poderes perversos de este mundo. Su mensaje ya no toca nuestras realidades explosivas. Dios y la historia la juzgarán." Ambos salimos en silencio, rumiando tristes emociones, a buscar el bus.

En el trayecto hacia el barrio Jerusalén, la gente humilde que subía y bajaba del bus no identificó a Camilo. Sólo una pareja de ancianos lo miraba fijamente, cuchicheaban entre sí y volvían a mirar, pero no se atrevieron a saludar ni a preguntar nada. Cuando le propuse a Camilo que presidiera la Eucaristía me dijo que no; que había tomado una decisión histórica frente a sus superiores y no quería quebrantarla, y que su pacto doloroso lo había teologizado y con su mensaje seguía preparando el momento en que pudiera ser celebrada una Eucaristía auténtica, donde ya no confluyeran explotadores y explotados a la Mesa del Señor, sino donde una cena fraterna fuera realidad, luego de haberse logrado una verdadera reconciliación en el nivel de las estructuras. Por respeto a tan puros ideales, yo decidí que tampoco yo iba a celebrar la Eucaristía en su presencia. El resto del trayecto me fui pensando, en silencio, cómo enfrentar a la comunidad que me estaba esperando para la Misa.

Llegados a nuestro destino y caminando por las destapadas calles de aquellas barriadas donde la pobreza hiere profundamente, nos enfrascamos en intercambios sobre las líneas de una reforma urbana. Doña María salió a saludarnos con su sonrisa permanente y sus niños descalzos y semi-desnudos. Ella era la encargada de abrir y preparar el pequeño salón-tugurio donde habitualmente celebrábamos la Eucaristía. Yo le dije: hoy no vamos a tener Misa, Doña María. Quiero que aprovechemos el tiempo en un diálogo con el amigo que me acompaña; él se llama Camilo. Ella no puso objeción y convocó rápidamente a las familias que habían ido conformando esa pequeña comunidad de base. La gente fue llegando y se sentó en llantas viejas, pedazos de tablas y ladrillos quebrados. Espontáneamente el diálogo se fue animando sobre los últimos acontecimientos de su vida: los jóvenes asesinados por la Policía por ser miembros de "pandillas"; el corte de la luz eléctrica por ser "ilegal"; los desastres del invierno en las pobres viviendas de cartones y latas; las amenazas de desalojo por los nuevos planes urbanos. Camilo hacía preguntas a granel y la gente le compartía con emoción sus tragedias. Sin que yo lo notara, Don Rafael se había escapado por unos momentos y de pronto apareció con una bolsa plástica donde traía unas tortas que él vendía en la calle pero quería compartirlas con el grupo. Detrás de él llegó Doña Carmen con un bolsa llena de arepas; dijo que había madrugado más de lo habitual porque pensaba obsequiarnos estas arepas para comer después de la

Misa. Un poco después se acercó Julio, un pobre muchacho que vive de lavar carros y de vender unos cuantos dulces por las calles; traía un paquetico de bocadillos para el grupo; yo le pregunté al oído si eso no le descuadraba tremendamente su miserable presupuesto de supervivencia; él me respondió sonriente: *“puedo morir de hambre, pero no me quite la alegría que siento al poder compartir esto con ustedes”*.

Yo fui juntando los donativos para luego repartirlos de modo que alcanzaran para todos, pero Camilo notó mis intenciones y me pidió que le prestara la Biblia. Cuando se la pasé, leyó emocionado el pasaje del capítulo 9 del Evangelio de Lucas donde se habla de la *“multiplicación de los panes”*, pero que según Camilo se trataba era de *“la división de los panes”*. Al terminar de leer, Camilo se quedó en silencio unos momentos con sus ojos cerrados. Doña María interrumpió el silencio diciendo: *“siempre se dice que Jesús sólo hablaba de la vida eterna, pero fijémonos cómo se preocupaba por la comida de la gente; por que todo el mundo pudiera comer”*. Yeison, un joven que estudiaba en un colegio nocturno, dijo: *“esos cinco panes y esos dos peces eran un puro símbolo; seguro que Jesús le dijo a todo el mundo: traigan lo que tengan y lo repartimos entre todos. Es que Jesús era socialista y eso siempre nos lo han querido esconder”*. Don Pedro, un obrero curtido de la construcción, dijo: *“el día que los cristianos hagamos eso, el mundo cambiaría”*. Doña Teresa, la matriarca de la comunidad, de 85 años, a la única que le habían llevado una silla desvencijada para que se sentara, dijo con su voz pausada y su difícil respiración: *“una verdadera comunidad cristiana es la que sabe compartir y preocuparse por los que no tienen que comer, esa fue la enseñanza de Jesús”*.

Mientras la gente hacía sus comentarios, ayudado por Doña Carmen yo iba partiendo en pedacitos las arepas, las tortas y los bocadillos; luego llegó Don Luis Eduardo con un racimo de bananos y también los partimos. Camilo, emocionado, nos invitó a todos a dar gracias porque en toda esta reunión se había sentido físicamente la presencia de Jesús y se había vivido la realidad de la fraternidad, ideal para toda la sociedad. Luego de la acción de gracias todos comimos por igual de los regalos mutuos y nos sentimos como si hubiéramos participado en un gran banquete. Nos despedimos con fuertes abrazos.

Mientras recorríamos nuevamente las calles enfangadas para tomar el bus de regreso, Camilo, con sus ojos encharcados otra vez, me dijo: *“me hiciste una trampa; saliste con la tuya: me hiciste celebrar la Eucaristía”*. Yo le dije: pero estoy seguro de que este tipo de Eucaristía no viola tus compromisos institucionales. *“De acuerdo”* – me dijo – *“esta clase de Eucaristía anticipa la auténtica Eucaristía del futuro; la que podrá celebrarse con autenticidad después de la revolución”*.

Ya subidos en el bus para regresar, me acordé que en la tarde de este domingo estaba convocada una asamblea del movimiento político Convergencia Alternativa, que agrupaba a muchos restos de antiguos partidos de izquierda y movimientos sociales. Pensé que Gerardo, un amigo activista a quien siempre he admirado por su honestidad y radicalismo, nos podría facilitar el ingreso. Lo llamé por el celular y me respondió que seríamos bien acogidos, aunque me advirtió que con seguridad me iban a “regañar” por no acompañarlos con más frecuencia. Yo no le anticipé quién era la persona que me acompañaba, pero por el grado de confianza que nos teníamos él tampoco preguntó de quién se trataba.

Cuando llegamos al viejo edificio del sindicato de educadores, nos impresionó la abundancia de afiches que colgaban de todas las paredes y la multitud de grafitos que saturaban todos los espacios. En todos los rincones había arrumes de pendones enrollados y de cajas de cartón rebosantes de volantes y folletos de todas las dimensiones y formatos. Eso parecía ‘el palacio de la palabra’, pero la sensación que uno tenía al recorrer pasillos y salones era que esas palabras estaban congeladas o embalsamadas. Las conversaciones vitales giraban alrededor de temas muy lejanos de los mensajes escritos. El fútbol era el tema favorito y, sobre todo, el concierto de rock de la noche anterior en el parque Simón Bolívar.

Poco a poco las miradas se fueron concentrando en Camilo, con discreción e intriga. La gente, al mirarlo, sacudía la cabeza, como desterrando rezagos de trasnocho, hasta que el murmullo se fue difundiendo y causando conmoción entre los concurrentes: *“Camilo está presente! Pilas!”*. Los rumores llegaron hasta el Presidente del movimiento, quien convocó enérgicamente a dar comienzo a la asamblea y antes de subirse al estrado se acercó a Camilo con cierta incredulidad, lo saludó y se convenció de que era el mismísimo Camilo. Con gran emoción lo invitó a subir al estrado y comenzó la asamblea diciendo: *“Hoy tenemos el privilegio de tener entre nosotros al Padre Camilo Torres. Él quiere tomar el pulso de la Colombia de hoy. Quiere dialogar con nosotros. Expliquémosle nuestra coyuntura actual y escuchemos sus sabios análisis”*.

No hubo aplausos. Hubo un silencio absoluto que parecía combinar sentimientos de espanto, de perplejidad, de emoción, de vergüenza, de esperanza y de reto. Ese silencio permitió a los presentes reconfigurar sus esquemas mentales de tiempo y espacio y sumergirse en una experiencia insólita con mezcla de audacia y de resignación. Poco a poco se fueron lanzando al estrado los ‘cabezas de fila’ de antiguos partidos de izquierda, reducidos a pequeños grupos con el paso del tiempo, así como líderes sindicales y de otros movimientos sociales. Todos fueron

resumiendo la historia gloriosa de su propia organización y concluían con un discurso optimista y lleno de esperanza en que la actual Convergencia les reportara apoyo popular que se manifestara en las urnas. No faltaron cálculos electorales, unos más optimistas que otros, sobre la posibilidad de obtener algunas curules en el Congreso, en asambleas y concejos y quizás alcaldías y gobernaciones.

El desfile de oradores fue largo y se prolongó toda la tarde hasta entrada la noche. Camilo, sin embargo, no revelaba signos de fatiga aunque sí de preocupación. En un momento se atrevió a preguntar: *“Quisiera saber en qué situación están hoy las grandes mayorías del país. Entiendo que los índices de pobreza y de miseria son hoy mayores que en mi tiempo; que el índice de desigualdad es de los más altos del mundo; que hay muchos millones de desplazados, sobre todo del campo; que la informalidad representa la mayor fuerza laboral; que la repartición de las tierras es hoy mucho más dramática que en mi época, dado el poderío creciente de los paramilitares; que la dispersión de los pobres es aterradora y que los niveles de alienación mental a través de los medios masivos de información no tiene parangones en la historia; que el presupuesto militar supera proporcionalmente el de los Estados Unidos que libra guerras descomunales en varias partes del mundo; que Colombia se ha convertido en una especie de paraíso de las multinacionales que saquean con privilegios inconcebibles los más importantes recursos naturales no renovables; que el fraude electoral ha llegado a niveles de descaro inimaginables, hasta atreverse a reconocer los paramilitares que se han comprado la tercera parte del Congreso. Estoy ansioso por conocer los análisis y propuestas de la Convergencia frente a todas estas realidades dramáticas”*.

Otro silencio siguió a los interrogantes de Camilo. Al parecer casi nadie se atrevía a responder a sus inquietudes. Sin embargo, después de un silencio embarazoso, varios pidieron la palabra. Hicieron referencias a estudios muy rigurosos que se estaban desarrollando en algunas universidades y equipos técnicos y a plataformas que hasta ahora estaban en discusión en el comité central de la Convergencia. El lenguaje fue muy abstracto, repetitivo e inseguro.

Ya avanzada la noche y ante el abandono progresivo del aula por parte de muchos asambleístas, Camilo hizo una breve intervención en la que hizo explícitas sus mayores preocupaciones. *“Las condiciones objetivas que exigen un cambio –dijo Camilo– son hoy mucho más apremiantes que en mi época. Me preocupa que este movimiento que representa muchas esperanzas para los pobres de Colombia, no salga de los vicios tradicionales que siempre han frustrado esas esperanzas. Veo que las luchas entre líderes consumen más energía que el análisis de la realidad y la elaboración de propuestas alternativas. Veo muy débil la relación con las bases populares que siguen constituyendo las*

mayorías oprimidas de este país. Hay demasiada confianza en los mecanismos controlados por las minorías opresoras, como las elecciones. Hay poca presencia y solidaridad frente a las formas de resistencia que las víctimas mismas encuentran en su soledad y desesperación. Son demasiado débiles las propuestas programáticas; son escasas, formuladas en lenguajes abstractos o no implican transformaciones de fondo. Los invito a sumergirse con más decisión en la cotidianidad de los pobres para analizar desde allí, y con ellos, las estructuras vigentes; a mirar las experiencias de países vecinos en sus cambios de polaridad política; a reconstruir un movimiento que hunda sus raíces en un compromiso ético frente a los millones de colombianos que no pueden solucionar en los niveles más mínimos sus necesidades vitales, mientras las riquezas del país son saqueadas por las empresas más ricas del mundo y mientras se asesina y encarcela a todo el que reclama un mínimo de justicia. En una palabra, los invito a amar a sus hermanos colombianos más oprimidos y a amarlos con un amor eficaz”.

Las directivas del movimiento, preocupadas por la sensación de pesimismo y de complejo de culpa que podría resultar de tan improvisado e insólito encuentro, resolvieron rematar la asamblea con una grabación del himno “La Internacional” y con unas palabras del Presidente en que exaltara el significado histórico de la figura de Camilo y le prometiera recibir y asumir sus sabias críticas y recomendaciones, intervención que sí suscitó un aplauso de los ya escasos asambleístas.

Mientras intervenían los líderes, yo me había reunido en un rincón con Ernesto, cuyos contactos discretos con la insurgencia yo siempre había presumido, y le manifesté la importancia que yo le veía a un encuentro de Camilo con algunos comandantes de las guerrillas. Ernesto estuvo de acuerdo y me prometió gestionar con la máxima rapidez la entrevista. “Mantén el teléfono activo – me dijo- y espera llamada antes de la media noche. Creo que te tendré una respuesta concreta”.

Después de las once de la noche y cuando Camilo estaba ingresando al mismo cuarto de huéspedes de mi claustro, donde yo lo recluía con discreción, sonó el celular. Ernesto me dio, en clave acordada, las coordenadas del sitio donde un jeep nos recogería en media hora para viajar a las montañas. Tuve tiempo de preparar un pequeño morral con lo elemental y volvimos a salir. La ciudad estaba solitaria y Camilo me dijo: “me siento de nuevo en aquella noche de octubre cuando me recogieron para llevarme a las montañas de Santander donde me incorporaría a la guerrilla”. El jeep nos recogió con la precisión de un reloj suizo y nos transportó hacia una zona montañosa que no pudimos identificar. Hubo en el camino varios retenes militares pero, curiosamente, cuando llegaban a Camilo, no le pedían documentos ni lo requisaban. Me dio la impresión de que no percibían su presencia, pues ni siquiera

lo miraban. La curiosidad que yo tenía por ver cómo se identificaba y cómo enfrentaba los interrogatorios, se vio frustrada. Yo sabía muy bien que él ya no era vulnerable a ningún riesgo.

En cierto momento, el jeep salió de la carretera y se internó por un camino estrecho, casi de herradura. Llegamos a un rancho deshabitado y junto a él un joven campesino nos esperaba. El conductor, quien había estado en silencio durante todo el trayecto, nos dijo: *“pueden confiar en él plenamente”*. El conductor se despidió, dio curva de reversa y se alejó. El muchacho nos dijo: *“debemos caminar una hora”*. Emprendimos la marcha. El calor era intenso y Camilo iba emocionado. De vez en cuando nos compartía recuerdos de sus escasos meses en la guerrilla. Finalmente llegamos a una zona muy boscosa, nos internamos entre los árboles y de repente apareció un grupo de 20 guerrilleros uniformados, junto a un cambuche protegido por el espeso bosque. Todos abrazaron a Camilo con una intensa emoción. Nos ofrecieron una limonada y nos sentamos a conversar. Descubrí que Ernesto había sido tan cuidadoso y efectivo, que había logrado que estuvieran allí presentes comandantes y guerrilleros rasos, tanto del ELN como de las FARC. Las miradas se fijaron todas en Camilo en medio de un silencio respetuoso y emocionado.

Camilo les habló también con emoción pero no podía ocultar ciertos sentimientos de tristeza, de duda y de incertidumbre que lo invadían. *“He querido pulsar de nuevo la realidad de mi país –les dijo-. Lo llevo en mi mismo ser y me sigue doliendo. Me emociona estar con ustedes, pues esta lucha quedó grabada en mi espíritu, es decir, en esa identidad mía que ha sido asimilada por el mundo luego de ser un gida por la muerte, momento en que experimenté lo más desgarrador y contradictorio de la guerra. Por eso ustedes no dejan de ser un foco permanente de mis afectos. Viví en carne propia lo duro que es la guerra. Comprendí con claridad que en la realidad de Colombia la lucha armada desde las mayorías oprimidas era justa e ineludible y debía enfrentar un poderío militar perverso y despiadado. Comprendo también que todos los medios que pertenecen a la esencia de la guerra son perversos y que cuando la guerra se prolonga, hay el peligro de que esos medios dañen el corazón de los combatientes. Además, el tiempo siempre juega en contra de los más débiles. El paso del tiempo le permite a los poderosos refinar su poderío y su perversidad. Todo esto pone en cuestión la eficacia de una guerra desigual. Quisiera pulsar los sentimientos de ustedes sobre la eficacia y el sentido de esta guerra tan prolongada que ha producido tantas muertes; que se ha degradado en tantos niveles; que interpela a tantas conciencias honestas sobre su capacidad de lograr objetivos de justicia”*.

El primero que le respondió a Camilo fue un guerrillero alto y fornido quien se identificó como ‘César’. *“Llevamos casi cincuenta años en esta lucha y, créanos Padre*

Camilo, que hemos hecho diversos esfuerzos para ensayar otras formas de lucha menos costosas en vidas y en sufrimientos. Hemos negociado con diversos gobiernos para que nos permitan reivindicar de otra manera las transformaciones estructurales que promovemos para que haya una elemental justicia social, pero siempre nos han traicionado. La clase dirigente busca eliminar todo pensamiento de justicia social y no han dudado en exterminar y ahogar en sangre partidos legales enteros, centrales sindicales, movimientos sociales y comunidades populares donde arraiga el reclamo. Si continuamos en la guerra, no es por decisión nuestra, es por imperativo moral”.

Un joven guerrillero en cuyo rostro se reflejaba la tragedia, intervino luego: *“Padre Camilo, yo comprendo muy bien sus preocupaciones y las de mucha gente honesta de este país. Es casi seguro que nuestra lucha va hacia el fracaso. El poderío militar de este Estado nuestro, apoyado siempre por los Estados Unidos y por gobiernos muy poderosos de Europa, hace que nuestra lucha sea la de una hormiga contra un león. Pero uno se pregunta: ¿es ético luchar solamente cuando hay esperanzas de éxito, y en este caso, de triunfo militar? Yo creo que no, Padre Camilo. Mi familia fue toda masacrada; yo soy el único sobreviviente. Yo lucho en esta guerra sin esperanzas de triunfar, pero esa es mi opción: morir dándole un no rotundo a este Estado criminal; negándole de plano su legitimidad. No le veo otro sentido a mi vida. Si yo me acomodara a los chantajes del sistema y viviera ajustado a su perversa legalidad, mi conciencia me atormentaría todos los días. No le veo otro sentido a mi vida que optar por la muerte como un no rotundo a esta iniquidad”.*

Un guerrillero barbado y con gruesas gafas, con aire de intelectual, le hizo a Camilo un análisis histórico y pormenorizado del desarrollo del paramilitarismo. *“La sociedad ilustrada, que posa de ‘ética’ y de ‘respetuosa del derecho’, siempre nos ha acusado, con gran hipocresía y/o ingenuidad, de conducir una guerra irregular. Pero cierran los ojos frente a la guerra irregular del Estado. Con el paramilitarismo, el Estado colombiano ha buscado violar todas las normas internacionales de la guerra ocultando su responsabilidad; en esa estrategia ha sido asesorado y apoyado por los Estados Unidos. El paramilitarismo ha involucrado a capas enormes de la población civil en la guerra y sin embargo no tienen vergüenza de acusarnos a nosotros de involucrar a la población civil en la guerra. Este ha sido uno de los factores más graves de degradación de la guerra. El Estado presenta a sus combatientes ‘civiles’ como víctimas de infracciones nuestras al derecho humanitario, pero en realidad son combatientes que usan los métodos más perversos de guerra del Estado”.*

Un guerrillero de edad madura pero con apariencia de profesional, añadió: *“Usted, Padre Camilo, seguramente no ignora que en este país se han dado desmovilizaciones de varios grupos insurgentes que han pasado a una actividad legal y se han integrado a*

diversas instancias del poder. Hemos observado muy de cerca esas experiencias. Sin embargo, nos parecen decepcionantes. La mayoría de los desmovilizados han sido cooptados por el sistema e integrados a su maquinaria de injusticia. Unos pocos son voces aisladas e impotentes que claman en el desierto, y si son respetadas es por la necesidad que tiene el sistema de presentarse como “pluralista”, mientras puedan mantener bajo control estricto a quienes no legitiman el Statu quo.”

Una guerrillera de apariencia campesina y en cuyo rostro se reflejaba, a la vez que un intenso sufrimiento, una cierta dulzura de trato que no había sido eliminada por la dureza de la guerra, añadió: *“Estoy segura, Padre Camilo, que usted no es afectado por las imágenes mediáticas masivas con que se vende comercialmente nuestra identidad. Usted comprende la perversión de esas manipulaciones porque usted la denunció con energía y trató de contrarrestarla con un medio de comunicación popular, como fue el periódico Frente Unido. Los mismos términos de cliché con que nos identifican, de “terroristas” y “narcoterroristas” son muy dicientes. A través de ellos el Estado y el Establecimiento buscan ocultar su atroz terrorismo y su dependencia del narcotráfico. Nuestro estilo de vida nos impide competir con el poder de la mentira y de la desinformación que son hoy los grandes medios. Sólo podemos apelar a la resistencia moral de las conciencias honestas que intuyen la monstruosidad del engaño que les venden por todos los canales”.*

Otra guerrillera más avanzada en años, de rostro más duro y de discurso fluido y firme, añadió: *“Nadie entiende, Padre Camilo, cómo los que dirigen la opinión de este país, todos profesionales y que posan de grandes intelectuales y expertos en muchas cosas, cuando hablan de la insurgencia pierden la razón. Nos atribuyen riquezas inmensas que no tenemos; piensan que las armas se consiguen gratis cuando ellos tienen a la mano toda la información sobre lo que cuesta una sola arma; creen que podemos subsistir y mantener nuestra lucha sin dinero, o que podemos conseguirlo por medios legales; creen que podemos competir con el Estado solucionando todos los problemas sociales del país, como si estuviéramos en el poder. Entre tanto legitiman que el Estado gaste en la guerra lo que debiera gastar en inversión social; les parece racional que los gobiernos respondan a nuestras reivindicaciones con políticas de exterminio y se nieguen a considerar siquiera las razones fundamentales de nuestra guerra justa; legitiman las muertes de nuestros compañeros y condenan el que nosotros matemos a los que nos matan o buscan matarnos. Pareciera, sin embargo, que el país se deja conducir por los que han perdido la razón”.*

Todos los guerrilleros presentes fueron interviniendo, uno tras otro, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, comandantes y combatientes rasos, militantes de las FARC y del ELN, mientras Camilo reconfirmaba, con una tensa concentración, las sin-salidas de la guerra. No se atrevió a pronunciar ningún discurso con directrices

de acción o con fórmulas de soluciones. Sus ojos se humedecieron en diversos momentos. Todos percibieron su sentimiento de solidaridad en medio de las oscuridades y tragedias que los envolvían. Ni él ni ellos querían despedirse, pero llegó la hora ineludible del adiós. Los abrazos fueron prolongados y fuertes aunque sin palabras. El joven campesino que nos había guiado, nos hizo saber que el conductor que debía sacarnos de la zona debía estar llegando a otro sitio acordado y no debía permanecer allí sino contados minutos. Apresuramos el paso para no causarle problemas.

Mientras regresábamos a Bogotá, abrumados de interrogantes y fuertes impresiones que nos imponían un silencio casi absoluto, se me ocurrió que Camilo debería escuchar a algunos de los que se han dedicado en los últimos años a la búsqueda de la paz. Pensé inmediatamente en María Cristina, quien ha participado en las últimas décadas en casi todos los comités y espacios de discusión sobre la paz. Su origen de alcurnia le ha permitido el acceso a figuras de importancia en el Establecimiento para vincularlas a discusiones de fondo sobre la paz, a la vez que su compromiso social incuestionable le ha permitido que se lleguen a ella con confianza los luchadores populares, los líderes de la izquierda e incluso los voceros urbanos de la insurgencia. La llamé por el celular desde la carretera, cuando fue posible obtener señal, y le expliqué mi deseo de convocar una reunión urgente de quienes sostienen las posiciones claves en el debate sobre la paz. No le di el nombre del personaje que nos acompañaría, pero ella comprendió que por ese medio no era prudente hacerlo. Me prometió que al día siguiente, en una sala de la universidad donde ella es docente, convocaría al grupo.

Cuando llegamos a la universidad, María Cristina nos esperaba en la puerta. Quedó estupefacta y conmocionada al ver a Camilo a quien identificó inmediatamente. Como nos había ocurrido a todos, necesitó unos minutos para reconfigurar sus coordenadas de tiempo y espacio y poderse introducir en la experiencia inédita que se le ofrecía. Camilo mismo le ayudó a superar la conmoción con su trato amistoso y su conversación corriente. En la sala del consejo de facultad estaba ya reunido un nutrido grupo de buscadores de paz. Estaban allí un General y un Coronel del Ejército; dos empresarios de alto nivel; tres ex ministros; cinco académicos; cuatro líderes de izquierda; cuatro sindicalistas y seis líderes populares, entre ellos varios voceros urbanos de la insurgencia; en total 10 mujeres y 16 hombres. Había un pacto muy claro entre ellos de hacer caso omiso de todo tabú y censura y de proteger la libertad de opinión prohibiendo todo recurso a denuncias judiciales. Esto había sido un logro de María Cristina, luego de varios años de debates y búsquedas. Ella presentó a Camilo con muy pocas palabras y ni siquiera pronunció su nombre; dijo: *“Todos y todas lo conocemos, no hay*

necesidad de presentarlo. Si está aquí es porque quiere tomar de nuevo el pulso de este su país y aquí quiere escuchar lo relativo a nuestras búsquedas de paz”.

El primero que habló fue un ex ministro, quien hizo un recuento de los procesos de paz que han tenido lugar en los últimos 25 años. Destacó la generosidad de los gobiernos y de la sociedad colombiana al ofrecer mesas de diálogo a la insurgencia, así como amnistías, indultos y posibilidad de constituir partidos y movimientos legales para promover sus ideas. Una sindicalista intervino enseguida insistiendo en que la exposición anterior era sesgada. Afirmó que todas las negociaciones adelantadas hasta ahora entre la insurgencia y los gobiernos habían sido tramposas; mientras se negociaba, se agudizaba la inteligencia para eliminar a los militantes, y a aquellos que culminaban el proceso sin ser asesinados, se les mantenía bajo permanente chantaje de judicialización por el sólo hecho de expresar sus ideas, o bajo amenaza de muerte por parte de los paramilitares, de cuyas acciones los gobiernos nunca se han responsabilizado a pesar de que sus vínculos son inocultables.

Un académico intervino luego para caracterizar algunos ‘modelos’ de procesos de paz. Según él, se habrían dado tres: uno que asume algunas reivindicaciones de las que dieron origen a las guerrillas y las pone en una agenda de negociación; otro que sólo pone en la mesa de negociación la desmovilización de los insurgentes y algunas contraprestaciones jurídicas y económicas, como indultos, sueldos temporales y becas; otro que toma elementos de los dos anteriores. El único exitoso ha sido el segundo, pero fue asumido sólo por grupos guerrilleros pequeños y diezmados y sus resultados no han sido atractivos para las guerrillas más fuertes y antiguas. Es perceptible una oposición rotunda, en los sectores sociales más influyentes, a que las reformas sociales se negocien con la insurgencia y no por las vías constitucionales, en el parlamento, a través de los partidos políticos. Tal oposición se expresa en los medios masivos más poderosos, en los gremios económicos, en los partidos políticos, en muchos académicos, altas jerarquías eclesiásticas, fuerzas armadas y altos funcionarios del Estado. Se habla de una especie de “chantaje” que impondría las reformas por las armas y para todos estos sectores, “eso no es democracia”.

Una líder popular replicó inmediatamente: *“el concepto de democracia que tiene la clase dirigente no es aceptable. Creen que es ‘democrático’ lo que piensa la minoría acomodada, lo que la favorece y lo que se hace bajo su control, o sea, bajo las instituciones que ella controla. Para ellos ocuparse de la solución de las necesidades objetivas del 80% de la población, no es ‘democracia’; buscar que la gente tenga un mínimo de comida, no es democracia; buscar que la gente tenga una vivienda mínimamente digna, no es democracia;*

repartir equitativamente la tierra, no es democracia; exigir que la salud no sea una mercancía que enriquezca a los que se lucran del dolor humano, no es democracia; proteger los recursos naturales del saqueo por parte de empresas transnacionales, no es democracia; exigir educación gratuita para las mayorías pobres, no es democracia; sólo es democracia decidir todo por elecciones, pues la minoría controla el negocio de las elecciones en su favor y con su dinero; por eso defienden que las elecciones sean el criterio supremo de su falsa democracia, y por eso se oponen siempre a que las reformas sociales entren en mesas de negociación con la insurgencia”.

Un coronel asumió enseguida la defensa de la democracia electoral. Afirmó que en eso se ha progresado; que antiguamente el fraude era lo ordinario, pero que en los últimos años la fuerza pública controla las elecciones y los observadores internacionales que siempre vienen, han legitimado como transparentes los procedimientos electorales. Un sindicalista le replicó enseguida, poniendo como ejemplo las jornadas electorales de la última década, vigiladas todas por la comunidad internacional pero donde el narcotráfico y el paramilitarismo fusionados, compraron el parlamento y el poder ejecutivo a muchos niveles y así lo anunciaron públicamente, con métodos que no sólo burlaron todos los controles proclamados antes, sino que hicieron pactos de apropiarse de todas las instituciones del Estado para re-fundar la nación en su provecho y perpetuarse en el poder gracias a sus mayorías compradas.

Una líder popular tocó el punto del paramilitarismo de manera más explícita. Dijo que los gobiernos siempre han querido negociar la paz con la insurgencia pero discutiendo los problemas de la guerra de guerrillas como *guerra irregular* y ocultando sus métodos propios de guerra irregular que son desarrollados en las estructuras paramilitares. *“Así es imposible buscar la paz” –dijo– “si se quiere poner fin a una guerra, ambas partes deben poner sobre la mesa su accionar bélico con todas sus características y sus legitimaciones; la guerrilla es transparente en sus motivaciones y en sus métodos de guerra irregular, diseñados para enfrentar a un combatiente pequeño con un combatiente gigante, pero el Estado no puede ocultar sus métodos de guerra irregulares a través de sus efectivos paramilitares que son enormes, para los cuales no tiene legitimidad alguna la guerra irregular, pues el Estado es el combatiente grande y poderoso y no puede asumir los métodos propios de los combatientes débiles y pequeños; además, si defiende un Estado de Derecho, como argumento de su legitimidad, no puede defenderlo ‘de labios para afuera’ mientras viola, en la guerra, todas las normas y reglas de un ‘Estado de Derecho’ a través del accionar paramilitar”.*

Un dirigente de izquierda anotó enseguida: *“El engaño no se da solamente en el terreno de los métodos. Un proceso de paz exige transparencia; exige llamar a las cosas por*

su propio nombre, pues si se negocia algo para firmar la paz y a poco se descubre que eso no era en verdad lo que se estaba negociando, la paz se desvanece y retorna la guerra. No nos digamos mentiras. Hasta ahora todos los gobiernos que han entablado procesos de paz, han querido engañar a la sociedad: dicen que ellos le habían declarado la guerra a los que buscan imponer reformas por métodos violentos pero que la paz exige ofrecer caminos democráticos para buscar esas reformas. Esto ha sido siempre falso. Una observación cuidadosa nos muestra que el verdadero blanco de la guerra del Estado no son los armados, o sea, los que luchan por reformas sociales con armas en la mano. Si se miran bien las estadísticas y la realidad, la inmensa mayoría de los asesinados, desaparecidos y encarcelados por el Estado no tenían armas en la mano; sus armas eran sus ideas. En realidad la guerra del Estado es contra los que piensan de otra manera que la clase dirigente, no contra los que usan métodos militares para defenderlas. Otra cosa es que siempre quieran justificar los asesinatos, las desapariciones, las torturas y los encarcelamientos, diciendo que era que tenían armas, pero siempre se ha comprobado, días, meses o años después, que eso era falso. La verdadera guerra del Estado ha sido contra las ideas y mientras no reconozca esto en las mesas de negociaciones, la paz se construirá sobre bases falsas.”

Un empresario invitó a ser más serenos y realistas. *“Estamos en un momento histórico –dijo- muy distinto de aquél en el que nacieron las guerrillas. Usted, Padre Camilo, que sobrevuela ya nuestra historia, debe percibir mejor los cambios. La humanidad ya superó la ilusión de los socialismos pues comprobó sus inconvenientes. Hoy estamos en la era de la globalización y tenemos que ajustar nuestros conceptos de paz a ese ámbito mundial del cual no podemos desentendernos. No podemos quedarnos en anacronismos. Hoy hay que aceptar ciertos principios democráticos universales, como la economía de mercado, la libertad de prensa, las elecciones libres. Uno entiende que los Estados quieran proteger a la sociedad de ciertas ideas anacrónicas, aunque yo no apruebo métodos de represión violatorios de los derechos humanos”*. Un sindicalista le replicó enseguida que el anacronismo está representado más bien por la globalización, por los que creen en la libertad de prensa y en las elecciones: *“han vuelto a un capitalismo salvaje que las sociedades más civilizadas habían tratado de conjurar con diversas formas de ‘Keynesianismo’ o intervención social del Estado para regular la economía, y siguen creyendo que lo que ellos llaman libertad de prensa es verdadera libertad de prensa y no un lavado de cerebro permanente por parte de quienes tienen más dinero y poder. Ni hablar de las elecciones, pues en Colombia las elecciones son la peor caricatura de la democracia: en las últimas décadas han estado en manos de paramilitares y narcotraficantes y eso dizque bajo la supervisión de la ONU”*

Un académico, quien ha sido directivo de varias organizaciones no gubernamentales de derechos humanos y ha participado en numerosas comisiones humanitarias, anotó que el principal escollo que tiene hoy la búsqueda de la paz, es

que, de ambos bandos, se trata de involucrar en la guerra a grandes franjas de población civil. *“Si la guerra se circunscribiera a los combatientes de ambos lados, sería más fácil avanzar hacia la paz mediante la aplicación cada vez más estricta del Derecho Internacional Humanitario, así también sería más fácil proteger a la población civil”*. Un General del Ejército allí presente añadió que si la guerrilla cumpliera con las exigencias de la Convención de La Haya; si se restringiera a determinados territorios, usara uniformes característicos, obedeciera a mandos unificados y utilizara armas convencionales permitidas, la guerra se restringiría a proporciones soportables y no afectaría tanto a la población civil. Una académica de mucho prestigio le respondió al General que eso era imposible en nuestro tipo específico de guerra. *“La guerrilla nuestra –afirmó– no lucha por un territorio, ni por derrocar un gobierno ni siquiera un ejército; lucha para destruir el actual modelo de sociedad que considera injusto e inaceptable y por construir uno alternativo. Desafortunadamente esa sociedad está configurada, en su mayor parte, por personas civiles, obras civiles e instituciones civiles. La guerrilla ataca los puntales decisivos que sostienen ese edificio y los que considera que están más al servicio de la injusticia. Pero no nos digamos mentiras, el Estado, desde hace muchas décadas, también involucra a la población civil en la guerra: esos son los paramilitares, que van recibiendo diversos nombres y hoy son los informantes, cooperantes, empresas de seguridad privada etc., y también ataca a la población civil, no sólo a los armados: la cantidad de movimientos sociales destruidos por buscar una sociedad alternativa, es enorme. General: esta es una guerra principalmente entre civiles; restringirla a los armados desconfigura los objetivos y las estrategias de ambos bandos”*.

Un ex ministro que ha participado ya en numerosas comisiones de paz, se dirigió a Camilo: *“No crea, Padre Camilo, que a nosotros no nos duele la guerra o que hemos estado inactivos, sin buscar caminos de paz. Lo que pasa es que hemos explorado muchas alternativas y siempre encontramos escollos o fracasos rotundos. Hemos propuesto múltiples veces a la guerrilla, suspensiones unilaterales de su accionar bélico, pero ellos creen que todo alivio en la guerra es aprovechado para fortalecer los sistemas de explotación y de opresión y nunca para ocuparse de los excluidos. La salida política más lógica, que sería que la guerrilla se convierta en un partido político al que se le den garantías de participación, se ha convertido en una salida inviable en Colombia, luego del genocidio de la Unión Patriótica y de muchos otros movimientos; no les podemos pedir que se suiciden y esa solución ya no es creíble; además ellos dicen que las elecciones son un instrumento en manos de los más ricos y de quienes tienen los medios más poderosos de comunicación o manipulación de la opinión. Por otra parte, nunca hemos visto claro cuál es la estrategia para ganar confianza de parte y parte. La guerrilla busca reformas sociales y el gobierno busca acabar con la guerrilla. Ambos bandos se plantean que la intensificación del conflicto es el mejor instrumento para lograr sus fines. Para la guerrilla, el avance en reformas sociales sería lo que puede construir confianza para disminuir la intensidad del conflicto;*

para el gobierno, sería la disminución de la intensidad del conflicto lo que crearía un clima de confianza para avanzar en reformas. Muchos agentes del gobierno sostienen que la solución negociada debe ir acompañada de la solución militar; muchos de los que hemos trabajado en comisiones de paz estamos convencidos de que ambas estrategias combinadas arruinan cualquier proceso de paz. Todas estas dificultades nos han convencido de que un proceso de paz debe prever largos períodos en que no se avanza pero sirven para generar confianza, aunque la sensación de estancamiento también destruye la confianza de la sociedad y se puede generar un renovado apoyo a la guerra. El mismo terreno en que se situarían las negociaciones es objeto de aguda controversia entre nosotros: para unos, situarse en un terreno ético, o sea, de justicia social, haría inmanejable la negociación. Por eso algunos opinan que la negociación debería ubicarse en el terreno del poder, o sea, la cesión de cuotas de poder, pues piensan que las guerrillas buscan ante todo poder y se contentarían con poderes locales. Quienes piensan que el único terreno aceptable de negociación serían reformas estructurales básicas, no ven claro si éstas se deben discutir antes de negociar la desmovilización de la guerrilla o después. Para algunos tiene que ser antes, pues la guerrilla ya no creería en promesas que no se van a cumplir, así sea con la supervisión de la ONU, como ocurrió en Centroamérica. Los que piensan que las reformas deben discutirse después de la desmovilización, temen sin embargo que en algún momento aparezcan los puntos no negociables de ambos bandos: la clase dirigente considera no negociable la libertad de empresa, la globalización e inversión extranjera que se proyecta en el modelo de economía neo-liberal, la libertad de prensa y el modelo democrático sustentado en elecciones libres, pero esto es justamente el núcleo del modelo que la guerrilla considera perverso y generador de miseria y de injusticia para las mayorías: una economía modelada por el mercado libre de capitales; la presencia de multinacionales que explotan los recursos naturales; sistemas de información y comunicación manipulados por quienes tienen más dinero y poder y que están lejos de ser servicios públicos controlados democráticamente, y unas elecciones que desde hace mucho tiempo no son democráticas en Colombia. Como ve, Padre Camilo, el problema de la paz en Colombia no es nada sencillo”.

Camilo mantuvo una tensa concentración a lo largo de todas las intervenciones y entre una y otra hizo muchas preguntas para precisar las diversas posiciones. Algunos le resumieron con mucho detalle y anécdotas jocosas los diversos procesos de paz y recordaron a muchos personajes que participaron en uno u otro y ya habían fallecido. Cuando se daban miradas de conjunto, los mismos integrantes del grupo se admiraban de que el país hubiera vivido tantas décadas en supuestos ‘procesos de paz’ sin logros significativos sino marginales.

Finalmente Camilo fue prolongando una de sus intervenciones interrogativas y resultó haciendo una exposición sobre sus propias convicciones. “Ustedes bien lo saben –dijo-, yo asumí la vía armada para buscar un cambio social profundo en el país,

luego de un proceso que me demostró que la clase dirigente tenía la firme decisión de utilizar toda la violencia posible para mantener el estado de injusticia que deshumanizaba a las grandes mayorías del país. En esa lucha armada se vive siempre un dilema trágico: la impotencia desvela la ineficacia e invita a abandonar la lucha, pero la ética refuerza en ese momento la legitimidad de la lucha y enfatiza la inmoralidad del sometimiento. Muchos asumen una lucha ineficaz pero como último refugio del sentido ético; otros renuncian a la ética e hipotecan todo a retazos de eficacia. Yo bien sé que toda guerra se degrada, precisamente porque los únicos medios de que puede echar mano para lograr una ventaja militar, son intrínsecamente perversos: matar, herir y capturar. También los medios para mantener el Statu quo son intrínsecamente perversos: tomar la necesidad y el dolor humanos como trampolín para enriquecerse y para poder convertir a los humanos en objetos a su servicio e instrumentos de su poder. Pero todas estas perversiones se desarrollan y se fortalecen en la medida en que se pierde de vista el eje del conflicto: la satisfacción de las necesidades básicas y hacer que las mayorías tomen las decisiones. Quizás si se encontrara la manera de que el país entero se pusiera a pensar cómo garantizarle el mínimo de comida necesaria, de espacio habitable, de atención en salud, de educación básica y de generación de ingresos mínimos a todos los colombianos, haciendo caso omiso de ideologías, identidades políticas, religiosas, clasistas, raciales, etc., los problemas de la convivencia y la seguridad se podrían resolver más fácilmente. Lo que más me preocupa es la pobreza tan grande de imaginarios de futuro. En mi Plataforma, yo traté de dibujar un país equitativo como estímulo a la construcción entusiasta de futuro. Ahora veo que predominan las miradas sobre el pasado, y un pasado que está lleno de violencias, de humillaciones y de sangre, pero no hay imágenes de futuro que entusiasmen a una lucha por construirlo; el diseño de alternativas, al parecer, sufre de mucha esterilidad. Pero como prioridad absoluta, yo diría que se ve la necesidad de volver a comunicar el pueblo con el pueblo; es necesario democratizar, así sea en lo mínimo, los sistemas de información y comunicación: allí están ahora las cadenas más horribles que dominan las conciencias. No bastaría crear un medio alternativo, como fue el periódico Frente Unido; hoy hace falta una ley que ataje la mercantilización de la conciencia por el dominio de los medios y convierta a éstos en verdaderos servicios públicos”.

Luego de la intervención de Camilo, escuchada por todos con máxima concentración, el grupo entró en un animado diálogo con él. Se revivieron muchos recuerdos del pasado y por la memoria de los presentes desfilaron innumerables líderes populares sacrificados. Al final de la tarde, pues la reunión se prolongó todo el día, todos salieron con la sensación de que la paz sería algo tan simple de lograr, si los egoísmos y los prejuicios no sirvieran de combustible permanente a esta hoguera absurda de la guerra.

Si Camilo no se hubiera despedido, todos hubieran permanecido allí indefinidamente. Cuando salimos, la oscuridad envolvió en un cierto misterio el destino de Camilo y los participantes retornaron, no sin dificultades, a sus esquemas rutinarios de tiempo y espacio.

Acompañé esa noche a Camilo a su cuarto de hospedaje y le dije que debía descansar un poco luego de jornadas tan intensas. Él se sonrió burlonamente; bien sabía que el que necesitaba descanso era yo, pues él ya no era vulnerable a la fatiga corporal.

En la mañana del día siguiente sentí ruidos intensos en la plaza contigua a mi claustro. Parecía que una multitud se acercaba gritando consignas con mucha energía. Me asomé a la terraza y noté que una gigantesca manifestación se aproximaba. Tanquetas del Ejército y de la Policía recorrían las calles aledañas, mientras de todas las esquinas desembocaban en la plaza multitudes portando pancartas y pendones. Fui a recoger a Camilo para que nos sumáramos a la marcha; estaba seguro que se sentiría emocionado. Así fue. Mirábamos con atención los mensajes escritos y escuchábamos las consignas que se gritaban, tratando de identificar los objetivos de la protesta. Nos sorprendió que la gente no se había movilizado por un objetivo pasajero; se pedía a gritos un cambio de sistema; justicia para los pobres; calmar el hambre de las mayorías; darle techo a los millones de desarraigados; repartición de la tierra; defensa de los recursos naturales; expulsión de las empresas multinacionales; sistema de salud accesible a todos; medios de comunicación en manos del pueblo. Hacía mucho tiempo que esto no se veía; vivíamos presos del miedo y de la ceguera. Camilo estaba realmente emocionado. Se fue introduciendo por entre las multitudes hasta que yo lo perdí de vista. Traté de seguirlo hasta donde pude pero se me esfumó. Cansado de perseguirlo, me detuve a mirar la multitud y ésta tomó para mí la forma del cuerpo de Camilo, convertido en un cuerpo gigantesco, que continuó gritando sin fin, exigiendo justicia y dignidad.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

Enero de 2010

* * * * *